

“LO QUE ME QUEDA POR DECIR”

Me gustaría decir que los rayos del sol entran por la ventana, pero en un gesto de lealtad inquebrantable al cartel que reposa en el alfeizar y a su explícito mensaje, los estores están bajados hasta su máxima expresión. De esta forma, todo el protagonismo lumínico lo tienen estos endemoniados fluorescentes que, si uno osa mirar directamente, le hacen viajar hacia un mundo de oscuridad momentánea, Un parpadeo forzado, como si el propio hospital me estuviera castigando por intentar ver más allá de lo que me permite.

Me gustaría decir que la sala en la que entro cada semana está llena de frases motivantes y fragmentos de libros de autoayuda, pero lo único que veo son carteles de colores con bocas y algo que parecen orejas u oídos por dentro, con los que no paro de pensar en lo paradójico que sean precisamente estas partes del cuerpo quienes me acompañen en este periplo. En realidad, la sala da igual, el problema soy yo, lo que a mí me pasa, de lo que no soy capaz.

Me gustaría decir que es la primera vez que acudo al Hospital Universitario de Fuenlabrada, pero llevo tres meses acudiendo cada martes y cada jueves, acompañado siempre por mi mujer y la sonrisa que nunca deja de vestir, incluso cuando no hay el más mínimo atisbo de la mía. Una sonrisa que no es impostada, sino decidida. Es su manera de sostenerme, de hacerme creer, de rellenar con luz el hueco que dejó mi oscuridad.

Me gustaría pedirle perdón a ella. Y a la vez darle las gracias. Yo haría lo mismo si hubiera sido al revés, una y mil veces, pero a veces llego a sentir que no merezco ni siquiera su compañía. No porque ella no quiera estar, sino porque me pesa el pensamiento de que tal vez, en su lugar, yo no sería tan fuerte. A veces me pregunto si ella no se cansa, si alguna vez ha pensado en huir de esta prisión que ahora es mi cuerpo. Otras veces echo de menos a más gente a mi alrededor, aunque solo fuera para sentir su apoyo y su calor, escuchar sus voces y palabras de ánimo o condescendencia.

Me gustaría decirles a mis hijos que todo va a ir bien. Que no me recuerden así Que lo hagan como cuando me veían su superhéroe, su referencia, la persona que pasaba poco tiempo en casa porque no paraba de trabajar o incluso aquella

persona a la que odiaban por no dejarles llegar una hora más tarde a casa. Pero no como aquí, ahora, en este momento.

Me gustaría decirles a todos aquellos que por la calle me ponen el disfraz de tonto, viejo o sordo, que, en otro tiempo, mi mordacidad y mi verborrea les hubiera dejado sin palabras y humillando la cabeza cual astado en mayo. ¡Ay!, si me vieran ahora mis compañeros de la Universidad. Nunca he sido de desear el mal a los demás, pero a veces se me pasa por la cabeza la idea de que esto le podía haber pasado a cualquiera de esas malas personas que hay por el mundo. O no, ni siquiera a ellos. Esto no lo merece nadie

Me gustaría decir que vengo al hospital de una manera marcial, castrense, como soldado que acude a la batalla sin mirar atrás, pero mis energías no están todo lo recargadas que deberían y cada veo esta cruzada más difícil.

Me gustaría decirle al profesional de bata blanca que tengo ahora mismo enfrente que muchas gracias. Muchas gracias por intentarlo. Muchas gracias por confiar en mí más que yo mismo. Muchas gracias por sonreírme, aunque yo no te devuelva esa sonrisa y en ocasiones hasta me ofenda que estés de buen humor. Deberías venir a esta cita conmigo, enfadado, dándome por perdido, así las cosas, serían mucho más fáciles, pero no, sigues trayendo ideas nuevas y métodos distintos para ayudarme.

Me gustaría decirme a mí mismo, sigue intentándolo, no te rindas, vas a poder con esto cómo pudiste con otras cosas en tu vida. Es verdad que ninguna tan dura, pero lo hiciste con coraje, valentía, tesón. ¿Dónde está todo eso ahora? Eso no se ha perdido, eso nada ni nadie te lo podrá quitar. Hazlo por ellos, por los que te quieren y te aprecian, incluso por los que no creen en ti. Pero no sé si me lo creo. No sé si queda algo de aquel hombre que nunca se dejó vencer, de aquel que tenía siempre una respuesta, ¿Dónde estás? ¿Dónde me he ido? ¿Es posible perderse dentro de uno mismo? Sé que debería encontrarme, que debo luchar... pero, maldita sea, es tan agotador pelear contra mi propio cuerpo.

Me gustaría pensar que todo esto es temporal, que en algún momento recuperaré lo que se ha ido, que mi voz volverá a llenarme la boca, a viajar por el aire, a chocar contra los oídos de quienes amo. Pero ¿y si no? ¿Y si este

silencio es mi condena? ¿Y si mi historia ahora solo se escribe con gestos, con miradas, con palabras que solo existen en mi cabeza?

Me gustaría creer en la evolución de la que me hablan, en el progreso invisible que dicen ver en mí. Pero yo no lo veo. Yo solo veo días que se repiten, palabras que se atorán, pensamientos que se amontonan en mi mente sin encontrar salida. Veo a mi mujer que me mira con amor, pero también con cansancio. Veo a mis hijos, que me abrazan con ternura, pero también con miedo.

Me gustaría gritar. No solo hablar, sino gritar. Gritar tan fuerte que todo el peso de estos meses se haga trizas, que el silencio se rompa, que el mundo escuche lo que aún tengo por decir. Me gustaría volver al día en el que el ictus se llevó mi voz y mis palabras.

Pero no puedo.

Y eso es lo que más me duele.